



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

APOCALIPSIS

MARIO MENDOZA



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Fotografía de cubierta: Mauricio Gaitán y Freddy Ospina

© 2012, Mario Mendoza
© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:978-958-42-3325-7
ISBN 10:958-42-3325-4

Primera impresión: julio de 2013
Segunda impresión: junio de 2016
Tercera impresión: febrero de 2017
Cuarta impresión: junio de 2018
Quinta impresión: marzo de 2019
Sexta impresión: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), así como *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011) y *La importancia de morir a tiempo* (2012). Con el libro de cuentos *La travesía del vidente* obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás* en 2002.

*Somos más que agua, más que tierra, más que sol.
Somos la Fuerza Viviente que se da un motivo para vivir.*

RAY BRADBURY

*Estoy en deuda con esta dedicatoria desde mi primera novela,
La ciudad de los umbrales. La verdad es que mi propósito no
era escribir un libro, sino componer una obra, un ciclo, una
visión lúcida e inédita de los bordes de la contemporaneidad.*

*Y viajar por la periferia en completa soledad habría sido muy
desgastante. Nadie aguanta solo y en silencio el rigor y la dureza
de una aventura semejante. Gracias a estos tres amigos el camino
se hizo menos tortuoso y mucho más llevadero: el monje zen
Densho Quintero, el filósofo Gustavo Chirolla y el experto en artes
plásticas Javier Gil. No todos los escritores han tenido
a lo largo de los años una compañía de este calibre.*

Gracias, muchachos...

ÍNDICE

CAPÍTULO I	
Un ángel sale del manicomio	11
CAPÍTULO II	
No matarás	81
CAPÍTULO III	
Ciudad Gótica	165
CAPÍTULO IV	
Operación Wayú	247
CAPÍTULO V	
Monje cibernético	305
Despedida	323
Nota final	327

Capítulo I

UN ÁNGEL SALE DEL MANICOMIO

1

Con Fercho y con Toño nos pasábamos las tardes enteras vagabundeando por ahí, tragándonos las calles con las manos entre los bolsillos, mirando las vitrinas de los almacenes de la carrera séptima, conversando con los *hippies* de las casetas de libros y de discos de segunda de la avenida 19, metiéndonos a los primeros ciclos de cine de autor en la Cinemateca Distrital y rompiéndonos la cara cada vez que podíamos contra las pandillas del Olaya.

Un cuarto integrante ocasional del grupo era Eliseo Vásquez, un adolescente melenudo que vivía en la casa de un tío que vendía esmeraldas de Muzo. Eliseo permanecía todo el día como en otro planeta, nunca estudiaba una sola línea sobre ninguna materia, se burlaba de nuestra afición por el cine y los libros, fumaba marihuana desde que se le-

vantaba hasta que se iba a dormir, pero eso sí, al momento de enfrentarse con los del Olaya siempre estaba listo y lo sentíamos parte integral del equipo más íntimo que conformábamos nosotros tres. Un día, mientras su tío estaba en uno de sus viajes por las fincas de Muzo, husmeamos en el clóset del viejo y encontramos una muñeca de inflar de tamaño natural, con senos y vagina y cabello de verdad. Una auténtica belleza a la que, después de una ardua votación, decidimos llamar Dulcinea del Quiroga. Nos compramos unas cervezas en la tienda de mi padre, inflamamos a Dulcinea, nos jugamos a los dados los respectivos turnos para acostarnos con la amante plástica del viejo Vásquez (alguien incluso recordó la canción: “Ella era una chica plástica...”), y nos dispusimos todos a perder nuestra virginidad con la misma mujer, lo cual, estábamos seguros, nos uniría para siempre. El primero fue Fercho. Se encerró en el cuarto de Eliseo y se hizo hombre entre quejidos y estertores, como si un camión le estuviera pasando por encima. Nosotros, detrás de la puerta, le gritábamos eufóricos:

— ¡No me la manosee, marica!

— ¡Pilas, güevón, sin sobrepasarse con ella!

Por fin, todo quedó en silencio. Eliseo le gritó a Fernando con la boca pegada a la puerta:

— Hay que lavarla, hermano. Vaya al baño y límpiela. No nos la vaya a entregar llena de semen.

Oímos que entraba al baño y que, en efecto, la limpiaba. Luego abrió la puerta sonriente, despeinado, con aire de suficiencia, y me dijo a mí, que era el siguiente en la fila:

— Ahí se la dejo bien entrenadita, cabrón.

Me dispuse a encamarme con Dulcinea cuando escuchamos el ruido de la puerta del garaje y un carro que estaba entrando a la casa. Era el tío de Eliseo que acababa de llegar de su viaje de negocios con el chofer y un guardaespaldas. Todos nos pusimos a temblar y no sabíamos por dónde escaparnos sin que nos vieran. Intentamos saltar desde la ventana del cuarto de Eliseo al antejardín del primer piso, pero Dulcinea se nos cayó de las manos y terminó pinchada entre unas rosas, desinflándose como si fuera un balón de fútbol. Eliseo no alcanzó a saltar, el guardaespaldas de su tío lo agarró por la camiseta y lo sujetó con fuerza. No tuvimos tiempo de defendernos ni de dar explicaciones: salimos corriendo y durante mucho tiempo no fuimos capaces de volver a la casa de Eliseo. Supimos que el tío le había propinado una fuerte paliza y que lo había hecho trabajar en una de las fincas hasta que pagó lo que la muñeca había costado en una tienda de juguetes sexuales de Miami. Un tiempo después mataron al viejo, a causa de una *vendetta* de un esmeraldero, y nuestro amigo tuvo que irse a vivir con una tía en las afueras de la ciudad. No volvimos a saber de su paradero.

2

Crecí en el Quiroga, un barrio al sur de la ciudad que se fue deteriorando poco a poco sin que nosotros, sus primeros habitantes, participáramos en esa degradación paulatina.

Al principio fueron los esmeralderos, como el viejo Vásquez: llegaron al barrio con sus carros costosos, sus campesinos atestados de guardaespaldas y hombres de confianza, sus mujeres y sus hijos campesinos que, sin embargo, querían ocultar su origen humilde y rural, y que se daban aires de grandeza gracias al auge de las gemas. Eran ruidosos, con gustos estrafalarios y acento campechano, pero colaboradores, buenos vecinos, solidarios con los proyectos de las juntas de acción comunal y generosos en sus donaciones para los parques infantiles y las escuelas del sector. No se habían ido a vivir todavía al norte, donde estaba la gente adinerada, porque temían que los rechazaran y que se burlaran de ellos. Dinero les sobraba, pero un cierto complejo de inferioridad les advertía que era mejor quedarse entre los suyos, al menos por ahora. Y al poco tiempo los ricos les abrieron sus puertas, hicieron negocios con ellos sin ningún tipo de pudor y entonces emigraron hacia el norte de la ciudad, a los barrios más lujosos y selectos. En sus casas del Quiroga dejaron a sus choferes y lugartenientes, que con el paso de los años se fueron convirtiendo en pequeños mafiosos que se dedicaban al contrabando, la prostitución y el comercio de repuestos de autos robados.

Así llegó la segunda ola al barrio: ladrones de todo tipo, bandas de apartamenteros y contrabandistas que se apropiaron con rapidez de los negocios de San Andresito. La tercera ola fue inevitable: narcotraficantes incipientes que necesitaban a todos estos malhechores para lavar el dinero que les estaba empezando a llegar a manos llenas. Y nosotros, los hijos de trabajadores honestos, operarios de fábricas, secretarías y tenderos, íbamos creciendo en silen-

cio en medio de esa fauna que era un fiel reflejo de lo que estaba pasando en el país entero.

Mi padre era el dueño de un pequeño supermercado cuyo título daba pie a veces a grandes discusiones: Blanco y Negro. Qué diablos quería decir eso: ¿el bien y el mal?, ¿la luz y las tinieblas?, ¿la vida y la muerte? ¿A quién se le ocurría bautizar un negocio de frutas, verduras, enlatados, gaseosas y jabones con semejante nombre: Supermercado Blanco y Negro? Pues a mi viejo, que era un hombre callado, viudo (mi madre había muerto al nacer yo), que no bebía alcohol casi nunca, solitario, que se la pasaba en la caja registradora todo el día pendiente de las cuentas. La gente lo estimaba porque no se metía en nada, nunca emitía un comentario fuera de lugar, era amable y sabía prestar un servicio sin intimar más allá de lo necesario. Y esa actitud, en un barrio como el nuestro, valía oro. Y cuando alguien le preguntaba con una sonrisa por el nombre del almacén, él sencillamente se limitaba a contestar: “A mí me gusta así”.

Ser un adolescente en el Quiroga a finales de los setenta no era nada fácil. La única virtud que se respetaba era la fuerza. Después del colegio nos encontrábamos en el parque y jugábamos fútbol, hacíamos pesas, montábamos en bicicleta, o nos reuníamos en alguna casa donde no estuvieran los padres a ver revistas pornográficas y a masturbarnos. Cuando nos tropezábamos con los del Olaya, el barrio de al lado, nos agarrábamos a puñetazos y a patadas hasta que algún vecino inoficioso llamaba a la policía y teníamos que salir corriendo y atravesar potreros baldíos para estar seguros de que nadie nos estuviera persiguiendo. Si alguien tenía la cara amoratada o inflamada, se ponía hielo y aguantaba.

Y si otro tenía una mejilla o una ceja rota, lo acompañábamos al centro de salud a que lo cosieran y luego inventábamos un accidente deportivo para justificar la herida. Éramos jóvenes, pobres y salvajes. Y sin saberlo, y muy a nuestra manera, estábamos satisfechos de nosotros mismos.

3

Mis dos mejores amigos, ya los nombré, eran Fercho y Toño. El primero vivía con su madre, secretaria de un juzgado, y pensaba estudiar enfermería en la Universidad Nacional. El segundo era hijo de un estafador profesional que estaba preso por habersele comprobado desfalcos millonarios en la empresa donde trabajaba, y todos los domingos se la pasaba en la cárcel Modelo visitando a su padre y haciéndole un poco de compañía. Vivía con una tía abuela que lo aborrecía y que solía echarle seguro a la puerta y dejarlo en la calle. En más de una ocasión debió dormir en la casa de Fercho o en la mía.

Toño tenía un hermano mayor que había cargado con la fama de ser un verdadero genio, un muchacho brillante con unas calificaciones salidas de lo común en el colegio, un joven que solo, por su cuenta y sin la ayuda de nadie, había aprendido a hablar inglés y francés, un joven que se la pasaba en la Biblioteca Luis Ángel Arango consultando libros de todo tipo y que un día alcanzó el mejor puntaje en

el examen de ingreso en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional. Como ya no soportaba vivir al lado de la tía abuela medio loca, se marchó y alquiló una habitación en una casa del centro de Bogotá, le dijo a Toño que seguirían encontrándose todos los domingos para ir a visitar al viejo a la cárcel, consiguió un empleo por horas en una librería médica y muy rápido se convirtió en el estudiante estrella de su facultad. Hasta que sucedió lo que parecía increíble: recibió la orden para reclamar un esqueleto en el cementerio Central y, en efecto, lo reclamó, limpió los huesos sólo por encima (no con cal, como se lo había explicado su profesor de osteología), armó el esqueleto en un rincón del cuarto, y empezó a irse a otro mundo, a fugarse a una realidad que sólo existía dentro de su imaginación. Cambiaba el esqueleto de lugar, hablaba con él, casi no salía de la habitación, y los vecinos afirmaron después que lo oían caminando y gimiendo (como si estuviera llorando) a altas horas de la noche o a la madrugada. Empezó a escribir también una colección de poemas que tituló *Palabras para una desconocida*. Toño guardaba varios de ellos en una gaveta. Recuerdo uno que comenzaba diciendo algo así como: “Ahora que estás muerta por fin te encuentro”. Lo cierto es que a los pocos meses regresó al cementerio, pagó un dinero extra y averiguó que el esqueleto femenino que le habían asignado pertenecía a una mujer llamada Isabel, que había vivido en la zona colonial de La Candelaria y que la dirección era calle 9 N^o 3-24.

Ojeroso, flaco, delirante, el hermano de Toño se dirigió de inmediato a esa dirección, se hizo pasar por un primo lejano de la mujer y se enteró de que había sido muy

desdichada y que había muerto a los cuarenta y dos años, después de un cáncer implacable que no le permitió salir de un hospital de caridad durante sus últimos siete meses de vida. Enseguida el hermano de Toño compró ropa femenina en los almacenes de la carrera décima, regresó a su cuarto y vistió el esqueleto. Su locura ya era motivo de burlas en todas partes. No volvió a la universidad y miles de versiones de su historia corrían de boca en boca por la calle. Al final, desapareció por completo y la policía lo encontró en la tumba 3100 del cementerio Central, la misma donde había sido enterrada Isabel. El estudiante genial se había cortado las venas, se había metido en la tumba con el esqueleto de su amada y se había desangrado abrazado a esos huesos que lo habían conducido misteriosamente a la locura. Por eso los del Olaya, nuestros enemigos acérrimos, cuando veían pasar a Toño de lejos le gritaban frases como “Búscate una menos flaca que la de tu hermano”, o “¿Dónde dejaste a tu cuñada, cabrón?”. La historia la sabía todo el mundo y el pobre Toño, con el papá en la cárcel, la madre desaparecida y el único hermano loco y suicida, tenía un perfil como de protagonista de película gringa: el pobre chico de barriada que nace en un ambiente sórdido y que, gracias a su tesón y a su fuerza de voluntad, logra salir de los infiernos y se convierte en un ciudadano ejemplar. Pero qué va, una cosa era Hollywood y otra muy distinta nuestra vida de muchachos pobres latinoamericanos.

Recuerdo que ya por esos años yo era famoso en la cuadra por una extraña sensibilidad que tenía para captar instantes que me llamaban la atención. Me parecía curioso que la gente no se detuviera ante ciertas imágenes, que no se diera

cuenta de que vivía en medio de la fugacidad de una rutina castrante que le impedía sorprenderse del hecho mismo de estar viva. Iba para el colegio o estaba ayudando en la tienda de mi padre, cuando de repente una sonrisa, una hoja de papel olvidada en un rincón o la luz que caía sobre la nuca de alguna persona en un atardecer multicolor me despertaban interés y me obligaban a detener ese momento en mi memoria. Poco a poco se me fue volviendo un juego que yo practicaba en silencio y que les comentaba a mis amigos como algo cuya trascendencia aún no entendía del todo. Llegué incluso a anotar en una libreta ciertas escenas que tenían algún tipo de brillo especial para mí: la cabellera de una de las vecinas escurriendo agua a la luz de las farolas de la calle, unas frutas podridas en un rincón de la tienda de mi padre, una rata gigantesca que asoma la cabezota por una de las alcantarillas del barrio, ciertas puertas coloniales de madera, los zapatos rotos de un compañero de curso... Mi libreta estaba llena de anotaciones por el estilo. Era el deseo de detener el tiempo, de no permitir que el olvido se llevara consigo esas breves imágenes que, por una u otra razón, me llamaban la atención.

Más tarde, en una clase en el colegio, un profesor nos enseñó el funcionamiento de una máquina de fotografía, y a los pocos segundos descubrí que ese era el aparato que yo venía necesitando desde niño sin saberlo. Ahorré entonces unos pesos y negocié en una compraventa de la carrera décima una Olympus Pen que duplicaba el formato: de un rollo de 36 exposiciones sacaba 72. Eso me permitía un cierto ahorro que, a mis escasos dieciséis años, era fundamental. Así que me fui acostumbrando a andar de día y de noche

con mi cámara entre la chaqueta, siempre listo a inmortalizar un gesto o un objeto que encontraba por la calle.

Cuando íbamos caminando con Antonio y con Fercho por La Candelaria, yo me detenía en un portal o en una casa en ruinas, sacaba mi máquina y disparaba cuadrando el ángulo de la imagen, la distancia, la luz. También, como es de suponer, tenía cientos de fotografías de mis amigos: Toño sentado en la barda de su casa con la mirada extraviada, Fernando recostado en una pared con las manos entre los bolsillos, ellos dos caminando por un callejón empedrado mientras caían las primeras gotas de un fuerte aguacero. Me gustaba detener la vida, luchar contra el implacable paso del tiempo, impedir que la muerte se siguiera aproximando de una manera tan inexorable. Por eso mis amigos muchas veces no me llamaban por mi nombre, Marcos, sino por el apodo, “Fotógrafo”. Solían decirme: “Vamos a cine, Fotógrafo”, o “Qué dice, Fotógrafo, ¿nos tomamos unas cervezas?”. También, y en secreto, llevaba una colección de fotografías mías, una especie de autorretratos que me iban confirmando mi entrada en la adolescencia y en la primera juventud. El acné, los primeros signos de bigote y de barba, una cierta dureza en la mirada que iba adquiriendo en la medida en que me alejaba de la niñez. Era como si me gustara vivir y al mismo tiempo irme vigilando mientras vivía. La fotografía no era para mí un pasatiempo, sino una necesidad, una práctica que me permitía existir sin hundirme en la banalidad cotidiana, una técnica gracias a la cual lograba interpretar el mundo que me rodeaba.